

El placer de la carne

Santiago Rodríguez Camargo



Capítulo 1

El placer de la carne

Santiago Rodríguez Camargo

Trato de reunir todo mi coraje para escribir la serie de acontecimientos que me llevaron a repudiar a mi antiguo colega y mejor amigo Emir, y a entregarlo a la policía después de golpearlo hasta dejarlo inconsciente. Trato de contener las nauseas mientras rememoro aquellas escenas enfermizas.

Crecí en una familia estudiosa y un tanto severa. Mis padres se encargaron de que mis hermanos y yo siempre viviéramos en la virtud, y que todos nuestros esfuerzos se encaminaran a forjar una exitosa carrera. Así, apenas me gradué de la escuela, fui internado en la escuela médica, para eventualmente convertirme en el médico rico que mi padre siempre quiso que fuera. Fue en la facultad que conocí al fatídico Emir Abdul Ponte.

Yo, siendo formado en la disciplina y la rectitud, naturalmente encontré un rival en el siempre exitoso Emir. Poco estudioso e irreverente, pasaba sus días bebiendo y saliendo de fiesta, o seduciendo a innumerables estudiantes femeninas con su brillante sonrisa y decidido discurso. Por el campus incluso se rumoreaba que alguna que otra profesora había sucumbido a sus encantos. Era sin duda una escandalosa figura pública, y casi la encarnación de la decadencia del mundo, los placeres mundanos y la sensualidad. Definitivamente era un joven atractivo, de piel iluminada, marcados músculos, oscura barba y ojos claros como el cielo. Tras recordar a ese bello estudiante es más repugnante la imagen de él que ahora me consume. Desearía que ese primer recuerdo permaneciera y no se hubiera degenerado en el monstruo que es hoy.

A pesar de ser el estudiante más irresponsable de toda la escuela, era un genio. Destacaba entre los más inteligentes de nuestras clases, y competía conmigo y otros pocos por los primeros puestos. Era esa ventaja casi divina lo que me frustraba y nutría mi envidia y admiración por el hombre. El destino es cruel y permitió que trabajáramos juntos en la universidad, y eventualmente creáramos una fuerte y competitiva amistad.

Era un hombre fascinante. Gracias a él me liberé en buena parte del yugo de mis padres y experimenté nuevos significados de la vida, más allá del estudio y el éxito. Debo decir que fue por Emir que tuve mis primeras experiencias sexuales. Desde siempre él tuvo extrañas y radicales ideas

sobre el sexo y la sensualidad femenina, y se jactaba de experimentar controversiales rituales y prácticas con sus compañeras. A medida que pasaron los años, esta inclinación por el erotismo y los placeres carnales se afirmaron en su personalidad, y aunque se hacían más extremos, yo no di cuenta de cuanto, pues me había acostumbrado a su exótica forma de amar la figura femenina.

Para sorpresa de todos, Emir decidió volverse patólogo y no ginecólogo. Por mi parte me establecí como cirujano. Ambos trabajamos en el hospital local por años antes de los funestos acontecimientos que casi nos llevaron a ambos al borde de la locura. Yo me casé eventualmente, pero mi amigo permaneció soltero, teniendo encuentros furtivos de cuando en cuando. El asco vuelve a mi al pensar de manera adelantada. Un día, Emir empezó a salir temprano del trabajo, con la excusa de encontrarse con alguien a cenar o a tomar un café nocturno. Al principio no me sorprendió en absoluto, pues era frecuente en él poner sus placeres carnales antes que su trabajo, y puesto que trabajaba en su área completamente solo y no había nadie que supervisara su progreso, no había riesgo en realidad de que le atraparan reduciendo sus horas de servicio. Quizá lo único llamativo era la creciente frecuencia con la que se ausentaba, y la prisa con la que se despedía y salía de las salas, tanto que nunca lograba verle salir del edificio.

No tardó mucho tiempo en presumirme su nueva amante. Curiosamente empezó como una tímida confesión, cosa extraña en el hombre que relataba a detalle todos sus encuentros sexuales. Me contó que había sido paciente del hospital una semana atrás, pero nunca mencionó por qué razón la joven había sido internada, y yo respetuosamente nunca se lo pregunté. Me dio su nombre, el cual no voy a repetir por mero respeto, y no la reconocí como mi propio paciente, así que dejé de preocuparme. Sus descripciones se tornaron grotescas en cuestión de días. Amaba la pasividad de su pareja, que aparentemente le dejaba experimentar de todas las maneras posibles sin decirle nunca nada, completamente complaciente. Fueron estas insinuaciones un tanto esclavistas y las quejas de algunos administrativos del hospital por la demora de entrega de resultados del laboratorio y la morgue a cargo de Emir que despertaron la preocupación en mí. Estaba yendo muy lejos y había descuidado su trabajo, por lo que terminaría metiéndose en problemas. No tuve ningún resultado al tratar de hablar con él, así que decidí seguirlo una noche, para enterarme de lo que estaba pasando realmente con aquella mujer.

La siguiente velada, cuando él se despidió apresuradamente, abandoné mi trabajo y caminé tras suyo silenciosamente, varios pasos atrás. Cuál sería mi confusión al ver que no salía nunca del hospital. Al contrario, se adentraba cada vez más en el edificio, dirigiéndose a su propia área. Sin decir nada le seguí hasta la más oscura de las habitaciones a las que sólo él tenía acceso, y esperé al otro lado de la puerta para tratar de oír lo que hablaba con su amada. Después de un tiempo me di cuenta de que no

podía distinguir nada de lo que él susurraba, y no escuchaba tampoco respuesta alguna de ella, por lo que decidí entrar.

Crucé la puerta al tiempo que él la abrazaba. Ella, completamente desnuda, estaba sentada en el borde de la mesa de metal, y él la sostenía entre sus brazos y le besaba enérgicamente la cara, el cuello y aquellos pálidos y caídos senos que ahora sólo me producen náuseas; redondos y asquerosos, lívidos. Al instante quedé paralizado en la puerta, probablemente tan blanco como la chica. Horrorizado vi como él movía sus repugnantes manos por todo su cuerpo, de arriba abajo, por entre sus fétidas piernas, por toda su espalda y entre su dorado cabello. Aún sus gemidos de auténtico placer me destiemplan los dientes y me revuelven el estómago. Vi mover su repulsiva lengua por toda la cara de la pobre mujer, sobre sus ojos y dentro de su boca, acariciando cada uno de sus inmundos dientes amarillos. Los brazos de ella colgaban sobre los hombros de Emir, dejando caer su peso sobre mi amigo.

La guerra de miradas entre los dos quedará marcada para siempre en mi mente como el momento más nauseabundo y desesperanzador de mi vida. Los ojos de él agitados y en absoluto éxtasis, clavados como dagas en el rostro completamente inexpresivo de ella. Aún paralizado no pude contener un grito de horror cuando le vi soltarse el cinturón y meter sus malditas manos en su pantalón para sacar el palpitante y rígido miembro. Al oírme gritar, Emir se sobresaltó y brincó rápidamente hacia atrás por verse descubierto; mirándome con su rostro sudoroso y sonrojado de placer. La carne resonó en el cuarto, cuando el cadáver de aquella pobre chica, muerta quizá hace más de dos semanas, chocó con el suelo.